

# El Eco de Cartagena

AÑO XXVIII

DIARIO DE LA NOCHE

NÚM. 8106

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7.50 id.—Extranjero, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Numeros sueltos 15 céntimos

CONDICIONES  
El pago será siempre adelantado y en metálico ó frase difícil cobro. La Redacción no responde de los anuncios remitidos y comunicados, se reserva derecho de no publicar lo que reciba, salvo el caso de obligación legal.—Administrador, D. Emilia Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Lunes 12 de Noviembre 1888

**CURA** inmediatamente toda  
Disenterías,  
clase de Vómitos y  
Diarreas de los niños  
los físicos  
de los niños  
de los niños  
Gástricos y de las  
embarazadas  
Gástricos y de las  
embarazadas  
Gástricos y de las  
embarazadas  
DEPOSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

## LA SEMANA ANTERIOR

Un triste acontecimiento ocupa el primer lugar entre todos los que han tenido efecto la semana pasada.

El suicidio de una joven buscado en un momento de locura entre las olas del mar, ha conternado á la población, y de ella, especialmente, á cuantas señoritas se encuentran en el caso que se hallaba la infeliz suicida.

Todas las chicas que experimentan el placer de verse amadas por un galán—para ellas el más hermoso de todos los galanes—deportan más que nadie el desgraciado accidente que me ocupa. Porque es tan natural en tales casos tener presente el proverbio que dice: «Cuando las barbas de tu vecino veas pelar...»

Yo aconsejo á todas las novias habidas y por haber que olviden el refrán transcrito, y que jamás pierdan la razón, hasta el extremo de quitarse la vida.

La vida nos pertenece y, es claro, que no podemos disponer de ella.

Además, nunca existen motivos suficientes para tomar resoluciones tan extremas; porque yo supongo que ustedes opinarán que un novio no vale nada.

La instalación del teléfono ha constituido un suceso en la semana.

La novedad es grande; la curiosidad mayor todavía, y las bromas que se transmiten por los hilos inconmensurables.

El despacho donde existe uno de esos aparatos, está siendo objeto de frecuentes visitas. Estoy por asegurar que nunca se han visto tan concurridos como en los últimos ocho días.

D. Torcuato pasa con sus tres hijas por delante de uno de esos favorecidos sitios en que el teléfono funciona, y con la gravedad propia de sus sesenta años, dice á aquellos angelitos: «Niñas, veis esos cordones?». —Sí—responden ellas, plantando sus manitas en alguno de ellos si están á tiro.—Pues ese es el teléfono.

—Yo lo quiero ver bien, papá.  
—Pues venid conmigo; entraremos y hablaréis con un abonado.

Se presentan los cuatro seres curiosos en el establecimiento (suponiendo que lo sea) y entablan la siguiente animada conversación:

—Hola, amigo, dice el papá dirigiéndose al dueño de la casa; aquí vengo con las niñas á enterarlas de ésto, señalando el aparato.

—Como usted guste, responde el afudido, pasen ustedes ahí y hánlen.

Puestos ya en comunicación con alguien (que á aquella familia lo mismo le da que sean unos ó que sean otros) empieza el diálogo de esta manera:

Una niña.—Buenos días tenga usted.

—Yo no oigo nada, dice la tercera chica para la que no ha habido receptor, y que por lo tanto maldito lo que puede escuchar.

—Silencio, exclama el papá, ahora te tocará á ti.

La niña.—¿Que quién soy? Pepita. (Al papá).—Papá, dice que no me conoce

Mira como lo conoce!! Por estos hilos pasa todo

—¿Sí? pregunta uno de los pimpollos. (En el teléfono)—Mándeme V. dulces por aquí.

—¡Jesús! Pues no me manda á... paseo.

—¡Caracoles! dice D. Torcuato, aproximándose al aparato, ahora verás.

(Al teléfono).—Caballero interlocutor: le advierto que está V. hablando con mi hija; que mi hija tiene padre, y que éste no puede consentir que usted se mofe de ella.

—¿Que con quién habla usted?—Conmigo.

—No tengo inconveniente; aquí le espero para ajustarle las cuarenta.

A todo ésto el dueño de la casa está inocente de aquello, é ignora cómo está poniendo D. Torcuato á su parroquiano X, que es el abonado con quien habla.

El teléfono es un adelanto, no cabe duda; pero hasta que el público se acostumbre á telefoniar, es un instrumento nuevo de que podemos valernos para pasar el rato.

Y ésto le hace tanta gracia á algunos!

Los comerciantes y la central están divertidos; los primeros teniendo que dejar ocupaciones perentorias para acudir al teléfono, cuyo timbre les llama con urgencia.

Los segundos poniendo en comunicación á unos y á otros para echar párrafos.

El Casino encendió su salón de baile la noche del martes pasado, para que distinguido auditorio escuchara las inspiradas notas que dejara escapar de su privilegiada garganta Anita López, ó las que, buscadas con rara habilidad en su Stradivarius liñera vir la concertista Giulietta Dionesi.

En «Eco» emitió en tiempo debido su juicio sobre esta solemnidad musical, y no debo yo por tanto volver á repetir lo que ya está dicho.

Solo quiero recordarlo, porque bien puedo decir que revisió el concierto los caracteres de un acontecimiento lírico.

En Matquez sigue funcionando Povedano y compañía.

En la semana pasada ha habido mar de fondo producida por *Al agua patos*. Está en relación la causa con su efecto!

Mas todo se conjuró, y *aquello* está convertido en una balsa de aceite.

El Principal debe abrir sus puertas de un momento á otro. Pero como ustedes saben que existe gran diferencia entre el *debe* y el *haber*, hasta hoy ignoramos si habrá compañía que en él presente sus trabajos.

Allá veremos.

## Variedades.

### CUESTIÓN DE COLORES.

Quando ayer me levanté

sali de mi sotabanco y á unas muchachas hallé que al verme, no sé por qué me hicieron de risas blanco.

Aprieto el paso, y al punto me tropiezo con mi suegro que me para, y de un asunto tantísimo habló, que en conjunto por dejarle me vi negro

Me marché tan sofocado que cuando ya hubo llegado donde yo me dirigía, me preguntaba Sofia ¿por que estás tan colorado?

No le pude contestar porque de hacerlo me pierde la respuesta; el verbo amar me dispuse á conjugar, mas ella me puso verde; supo que yo era casado y hasta me llamó gandul: en fin aquel altercado fue tan grave, que al contado estuve de oro y azul.

La terrible retahíla de la niña y la mamá muchísimo me horripita, pero callé, y claro está ambas me llamaron tita, bobo, infame, seductor, canalla, pérfido, pillo... y me causó tanto horror que cambiando de color me puse, en breve, amarillo

Todo el cuerpo tiritaba porque yo me hallaba helado, y hasta el color que ostentaba mi rostro, se cambiaba por momentos en morado.

Mirándome en tal apuro hacia casa sali yo renegando, pues os juro que el lance me pareció pasar de castaño oscuro.

J.

## MARGARITA

### DELIRIO.

Al distinguido literato catalán, mi buca amigo, PEDRO JUAN LLORT.

Ya no volverás á contemplar los verdes prados; ni la clara luz del sol; tus pupilas se cerraron y la rigidez mármorea cubre tu cuerpo.

Quando en la edad temprana corrias tras una mariposa, hollando con tu lindo pie los jirios, eras dichosa, porque no comprendías las miserias de nuestro mundo.

Creíste, la ambición te cegó; «quiero brillar» exclamaste, y recorriendo la senda del vicio, quebráronse tus alas en el baquico festín de la impureza.

Quisiste navegar en el océano de la vida sin ver que el monstruo de la vanidad te hacia hundir más y más en sus conagostas aguas.

Tu espíritu se remontará á etéreas regiones, mientras la materia dará vida á otros seres.

A través del deseo que siente mi alma contemplo la tuya, que, errante é incierta, flota en la superficie de un mundo desconocido; el delirio se apodera de mi cerebro, dando forma real á ese mundo que forjó mi fantasía.

Contemplo tu tez de purísima blancura, tus antes vidriosos ojos vuelven á la vida ostentando su hermosura, y tus frescos labios el encendido color del rubí, mientras que recogidos en forma de corimbo veo tus sedo-

sos cabellos, rubios como el oro, de Nínive la grandé, salpicados por brillantes gotas de rocío.

Jazmines y blancas azucenas oñan tu frente, mientras que ligera gasa de nítido color, sujeta por guirnalda de preciadas flores, cubren tus esculturales formas.

Pareces á Flérida, hija del sol, mecíendote entre las auras ligeras.

Seguí tus huellas, y me encontré en un fantástico palacio, de cuyas bóvedas pendían innumerables estalactitas.

Esbeltas columnas de oro, en las cuales se enlazaban preciosas enredaderas de inadreselvas y rosas, tejidas por misteriosas hadas, sostenían aquella techumbre de nacarados colores.

En el centro de aquel palacio se veía un trono recamado en oro, cuyo asiento ostentaba el azul del lirio.

Te acercaste á mí, y con plácida sonrisa, me diste á beber en cincelada ánfora delicioso néctar, mientras que pulsando ebúrnea mandolina, entonabas ritmos de amor, que se elevaban como suspiro de hada entre el perfumado ambiente.

Salimos de aquel edén á tiempo que el sol trasponía las azuladas cimas de elevadas montañas de cristal y perdíase entre las purpúreas tintas de una tarde deliciosa.

Vago crepúsculo se extendió por Oriente mientras la plateada luna asomó su faz por entre millares de astros que cual brillantes topacios salpicaban el manto de la noche.

Ebrio de amor tendí los brazos á ti, y al tocar tus flotantes vestiduras y aspirar tu perfumado aliento, caíste sobre las aguas de un lago, en cuya superficie flotaban acuáticas plantas y palustres flores.

Te seguí con los ojos del alma, y al querer lanzarme sobre tu cuerpo, te evaporaste entre el perfume de las auras y armonías de lo desconocido.

Fuerte sacudida vino á sacarme del morboso sueño en que yacía, y al despertar de aquel delirio, que por un momento había adormecido mi materia, te contemplé envuelta en blanco sudario, teniendo por trono una humilde sepultura, en cuyos lados se alzaban dos saucos, cuyas ramas se debían besarando la cruz que me guió al sitio en donde reposaban tus cenizas.

DAVID PARDO GIL.

Madrid y Noviembre 88.

## Local y provincial.

Anoche ante muy reducido auditorio tuvo lugar en el coliseo de la plaza del Rey, la función anunciada á beneficio del distinguido poeta cartagenero D. Daniel Egea.

La banda del regimiento de España, con la maestría, afinación y delicadeza que le son tan propias, ejecutó á telón corrido una pieza del *Raust* que arrancó entusiastas aplausos al público.

Seguió el estreno del drama *Las horas de la agonía*, original del beneficiado. Bien podemos asegurar que dicha obra merece ser representada en otros teatros, donde el fallo del público, sin duda favorable, la acreditara y la hiciera de repertorio.

En el drama estrenado, la versificación es fácil, fluida y correcta; en ella se destacan pensamientos elevados y figuras bellísimas que conquistaron grandes aplausos, apesar de ser muy reducido el número de espectadores.

El autor, como papeo modesto, apareció en escena multitud de veces al final de los actos segundo y tercero, y obtuvo ovaciones